

Dos Apuntes Sociológicos de Actualidad

*Por Roberto FABREGAT CU-
NEO. Colaboración especial para la
Revista Mexicana de Sociología.*

I

LA REAGRUPACION GREMIAL

¿SE llegará por el gremialismo a desquiciar el régimen democrático, cuyos indiscutidos goznes son el Poder Legislativo y los partidos políticos? Es temprano para contestar esta pregunta sin correr demasiados riesgos de agüería. Pero la verdad es que los gremios tienden más y más a constituirse en minúsculas repúblicas dentro de la República. Y la verdad es —también— que los gremios, desde puntos de vista inmediatos, no han podido hacer otra cosa. Cuando hay necesidad en casa y oportunidad a la vista de atenuarla, no se detiene uno a meditar en proyecciones históricas.

Así, nada hay que objetar en cuanto a derecho y oportunidad de esta reaparición de los gremios como fuerzas autónomas o mejor dicho desconectadas en el escenario social. Los reparos asoman cuando consideramos el contenido y esencia del gremio y las consecuencias sucesivas de su actividad.

Un gremio no puede moverse, casi no puede existir más que en función de intereses inmediatos. Ni un sindicato obrero ni una liga de propietarios puede ir más allá, pese a los desvelos de muchas entidades por asignarse cometidos artísticos o deportivos que siempre resultarán agregados de tercer o cuarto orden sin ninguna significación verdaderamente gremial.

Esta taxatividad del gremio respecto a sus propios fines e intereses es lo que le convierte, dentro de las sociedades de derecho, en fuerzas extrañas y desequilibradoras. La misma especificidad de problemas que une a los componentes del gremio les separa del resto de la masa social. En el orden práctico esto significa, por ejemplo, que cada mejora de sueldo lograda por un gremio, representa un aumento en el costo de la vida de los componentes de los otros gremios. Pero en el orden moral significa mucho más.

Ya hemos dicho que los gremios tienden a constituirse en pequeños gobiernos. Tienen su asamblea, su Poder Ejecutivo, su presupuesto, su prensa, su idioma; hay algunos que poseen ya un tosco trasunto del Poder Judicial que sentencia y pena a disidentes y rebeldes.

Empero, formas como éstas, que representan máximas cristalizaciones del Derecho occidental, sólo pueden pervivir en un clima de rigurosa legitimidad. Cuando se las transplanta a los ambientes unilaterales, combativos y exclusivistas de los sindicatos y asociaciones se desnaturalizan y bajo apariencias verbales retrocedemos sin más de Occidente a Oriente, de lo moderno a lo primitivo. Es de pronto la justicia de los cadíes, el derecho entre los buscadores de oro del Yukon . . .

Para afrontar la múltiple responsabilidad de la convivencia social, falta además a estos pequeños gobiernos la doble ala del espíritu y de la historia. El espíritu o psique colectiva de un sindicato está constituido por los intereses comunes, lo que equivale a decir que es un no espíritu o que es de proyección limitadamente material. Su visión concluye en la frontera gremial; más allá no ven ni quieren ver por propia resolución. Además, deben vivir en un perpetuo actualismo que los sustrae a la corriente histórica del país. En sus decisiones no hay ayer ni mañana. Nada importan las fechas de los libros de actas si faltan los órganos comprensivos del andar histórico. Y cuando se ha renunciado a estos sentidos de continuidad y correlación sociales se deja de oír el vocerío de todos los demás; la inmensa acumulación de pros y contras, pasados y presentes, que concluye por colocar las cosas en el punto medio que socialmente suple a la verdad.

Escribimos estas últimas líneas pensando no tanto en los gremios obreros, cuya limitación a objetivos inmediatos es casi siempre forzosa, sino en las asociaciones de profesionales e intelectuales, que tan prestamente se han asignado restricciones análogas, imponiéndose un desentendimiento del conjunto social cuyo significado deben conocer bastante. Es

aquí donde la tendencia gremial, al propagarse por contagio a zonas casi opuestas a aquéllas que la engendraran, aparece como perturbadora y amenazante para el porvenir de la democracia.

Porque ¿qué puede esperarse de la irrupción de estos órganos primarios, que tan a menudo se conducen como ejércitos de ocupación dentro de la misma sociedad a que pertenecen? ¿Qué resultados aguardar de la miopía forzosa de unos, que nada les deja ver fuera de las conquistas gremiales, y de la miopía provocada de los otros, que deben proceder como si tampoco vieran más allá? ¿A dónde puede conducir la disputa general de los gremios, competidores de una carrera sin término dentro de un régimen que no la previó? La respuesta es clara y está contenida en las mismas preguntas.

No se trata, por supuesto, de formular vaticinios. El acontecer social es siempre inescrutable. El mañana regala habitualmente formas inéditas, resistentes a la predicción, por más científicas que sean sus bases. No estamos, pues ofreciendo adivinanzas del futuro —por más fascinadoras que sean a veces—, sino simplemente señalando los efectos próximos o inmediatos de la agitación gremial *de continuarse ésta en las mismas condiciones actuales.*

Uno de los primeros efectos de la reagrupación gremial de la sociedad —ya visible por demás— es la dislocación entre lo político y lo social. Ya hay ciudadanos que como componentes de un gremio adoptan actitudes, a menudo violentas, contra el mismo partido político por el cual votan constitucionalmente. Ya hay profesionales que se colocan contra un gobierno cuyas jerarquías comparten desde la Universidad o las juntas técnicas. Ya hay funcionarios que como miembros de una sociedad gremial se enfrentan contra el Estado que acaba de concederle la personería jurídica que tutelaré sus derechos. Esta duplicidad de la etapa actual se refleja en las leyes: mientras unas consagran el derecho de huelga otras declaran delictuoso el abandono de las funciones públicas.

El resultado inmediato de este conflicto es el debilitamiento de los partidos políticos y de la política misma, que en cuanto actividad democrática, sólo puede concebirse como una serie de luchas, treguas y adaptaciones entre partidos rivales. Y si en los partidos y en la política hay mucho que corregir y reformar, no vendrá la enmienda, ciertamente, por el lado de los gremios y sindicatos, cuya visión ya hemos dicho está limitada a sus propios contornos.

Quien dice debilitamiento de los partidos y de la política dice debilitamiento de la democracia, que está compaginada en aquéllos. Sin partidos no hay cohesión parlamentaria; no hay acción programática ni planes duraderos. Un parlamento gremial sería un parlamento subdividido casi hasta el número de cabezas. Así, buenos, regulares o malos, los partidos tienen que gobernar porque nuestro régimen los presupone indefectiblemente.

Se han prestigiado últimamente lugares comunes tales como “aquí no se hace política”; como si la política fuese una actividad extrasocial; como si se hablara de algo ajeno, superfluo o nocivo en la convivencia humana. Tal absurdo apenas merece ser rebatido. Mientras haya vida social habrá política, a menos que los hombres renuncien a tener ideas y opiniones, preferencias y antagonismos.

Lo que tenemos que hacer es justamente política, en el superior entendido del vocablo aristotélico. Política significa tanto ideas como hombres. Sin líderes, las ideas son apenas sombras de biblioteca. Sin el aire de la plaza pública, los principios y doctrinas no son más que ornamentos. Conviene recalcarlo en momentos en que también se ha puesto de moda afectar desdén por el “político profesional” ¡como si en algún momento pudiera prescindirse de su agobiadora faena! ¡Como si el llevar los programas al plano de la acción no requiriera continuidad en las funciones públicas!

En fin, volviendo al tema principal: los gremios están ahí, estrechados e impacientes, a la entrada del ágora. Es fácil explicar su creciente papel social. La maravillosa carrera de la técnica abrevia todos los procesos, y hoy día se amasan las riquezas y se incorporan adelantos en décimas del tiempo que se necesitaba una generación atrás. Las gentes se inquietan más y más por participar en ese proceso cinematográfico. Pero desgraciadamente en esa carrera los Estados democráticos, sin quedar del todo atrás, no han podido andar a la misma velocidad que las ciencias aplicadas y la industria. Entonces aparece, como tendencia psicosocial, el gremialismo, que señala el tiro más corto para lograr nuevas posiciones.

¿Cómo arribar entonces a una solución práctica y justa? La fuerza viva de los gremios no puede desconocerse ni dejarse de lado; menos puede soñarse en volver las cosas a su estado anterior. Hay, entonces, que encauzar esas fuerzas; buscarles su ubicación social —que es una manera

de valorarlas—; concertarlas entre sí y aceptar sin vacilaciones su nuevo valor de conjunto.

Si como órganos exclusivos los gremios resultan perturbadores, como órganos consultivos, asesores y concertadores serían de una extraordinaria eficacia; se diría que están ya resultando indispensables. En cualquier labor de planificación y conjunto sus informes parecen fundamentales.

Sería, pues, necesaria una etapa de educación social lógica por la cual se mostrara a los gremios que poseen un valor mayor del que se asignan; un valor funcional que, de desarrollarse, dará nuevas formas a la sociedad. Y no creemos que tal etapa pueda ofrecer particulares dificultades. Ya es bastante fácil comprender que nadie está aislado de las esferas financiera, internacional, pedagógica, agraria, cívica, etc., etc.; que los problemas sociales son solidarios y que cualquier solución por separado es efímera, cuando no viene a agravar las mismas situaciones que se trató de remediar.

Una nueva legislación, ágil, directa, de flexibles resortes actuariales, podría simultáneamente realizar la aproximación y la consulta mutua entre los sectores del trabajo y los poderes públicos. Entonces nuestro sistema democrático comenzaría a trabajar sobre dos cortes o estructuras sociales bien definidas: la de los partidos políticos y la de los gremios, bajo la hegemonía parlamentaria. Esta fórmula doble ya está bosquejada en nuestro sistema social; parecería que no queda otro camino que llevarla adelante y concluirla.

II

PUNTO DE VISTA PSICO SOCIAL SOBRE LA INFLACION

Es difícil darse cuenta del momento en que se vive; se diría que lo conocemos recién cuando ha dejado de ser presente, cuando comienza a alejarse y se proyecta hacia atrás en sus primeras formas históricas.

Oyendo hablar a la gente de penurias económicas y alza de costos, se confirma este aserto. Ahora se va comprendiendo más y más lo que ocurre, precisamente porque el proceso inflacionista de postguerra ha girado el primer tramo de su trayectoria y podemos ver un segmento que ya es pretérito.

¿Qué tiene de específico ese momento; qué es lo que lo hace tan diferente de aquéllos que le precedieron? ¿Qué ocurrió en él a los sectores

sociales? Naturalmente, que no venimos aquí a hablar de problemas de producción, moneda, abastecimientos, etc. Es más bien la fisonomía humana la que trataremos de explorar en ciertos motivos fundamentales.

El acaparamiento o retención de mercaderías con fines especulativos es asunto tan viejo como el mundo. Más de una ley frumentaria se votó en la antigua Roma para reprimirlo. Las maniobras de precios; los variados recursos con que se multiplican despiadadamente los efectos de la ecuación oferta-demanda, son también cosa de todas las épocas. Pero ahora existe un elemento que consideramos nuevo en esa esfera. Es nada menos que un estado de conciencia colectiva; es la formación de una entidad gregaria en torno a la especulación y a la urgida plusvalía que levantó los precios a velocidad de remate.

En psicología social se admite la existencia de masas o grupos sociales compuestos por personas que jamás se han visto entre sí ni tendrán oportunidad de reunirse: por ejemplo, los lectores de un diario, los ciudadanos comprendidos en los efectos de una ley, los poseedores de Deuda pública, etc. Guy de Maupassant, en el más célebre de sus cuentos (“Bola de Sebo”) nos habla de la fraternidad del dinero, que por cierto existe en perpetua vigencia. Aunque las personas así abstractamente vinculadas no se traten o lo hagan una que otra vez, no por eso deja de actuar en ellos el espíritu colectivo, *group-mind* o como quiera llamársele. Y eso es precisamente lo que ocurrió con el proceso inflacionista y las maniobras de especulación: se ha formado un complicado grupo o grey social que responde principalmente a ese espíritu.

En primer término, tenemos una compleja comunidad especuladora cuyos miembros jamás se han consultado entre sí, pero que actúan con idéntico temperamento. Sus procedimientos resultan genéricos. Es un abigarrado conjunto de productores, industriales, intermediarios, minoristas, agentes, etc., etc., cuya urgencia de ánimo deja muy atrás lo que corresponde a todas las demás formas colectivas de nacionalidad, raza, religión, oficio, etc. Se sale a la calle en ese estado de ánimo; se le afirma en cada acto, en cada palabra. El total da la imagen de una gigantesca Bolsa Negra donde se está perpetuamente a la espera del “golpe”. Obsérvese, como rasgo diferenciador del viejo y conocido instinto de interés o lucro, que aquí no hay planes a largo plazo ni previsiones de valoración futura: todo ha de ser rápido, inmediato, ahora mismo acaso. El telegrama y el telefonema son las expresiones concretas de ese afán que ya ni siquiera podemos llamar mercantil, porque se asemeja más al de los expe-

dicionarios o al de los jugadores. A los tradicionales factores sociales de imitación y contagio se ha sumado la intensidad, a veces feroz, con que se trata de explotar un momento que se presente pasajero, próximo a caducar. ¡Aprovechemos el instante! Es el viejo *carpe-diem* horaciano traducido al vértigo financiero del siglo XX.

Ahora bien, la actividad de esta Bolsa Negra se refracta y complica, por el lado económico- administrativo, por causa de las muchas leyes y medidas de control, represión y vigilancia de precios, valores y abastecimientos. Son necesarias a veces las mayores precauciones para burlar este orden. Es preciso casi siempre la consulta, la solidaridad y la convivencia para franquear, una tras otra, las lagunas de la legislación represiva; para hallar los puntos vulnerables en inspecciones y contralores. Esto ha venido a robustecer el *group-mind* de la especulación, dando en oportunidades a sus miembros los firmes y definidos caracteres correspondientes a la *societas secreta*.

Paralelamente a esta grey se ha formado, aún cuando con rasgos menos específicos, la de quienes padecen sus efectos. Es la correlativa constitución de otro estado de ánimo colectivo dentro del cual se observa lo que podría llamarse "psicosis de la víctima". Es la de quienes han acabado por aceptar ese estado de cosas y por así decirlo se han plgado a él.

Ningún mercado negro puede sostenerse sin colaboración de los clientes. Se dirá que éstos obran impulsados por la necesidad de obtener un artículo de cualquier modo y a cualquier precio. Pues bien, se han observado muchos casos en que no es así. Mercaderías tan alejadas de lo imprescindible como las estilográficas, los relojes eléctricos, los encajes, etc., han sido objeto de tráfico ilícito, contrabando, venta a precios abusivos. Es como si el espíritu colectivo ordenase comprar lo que escasea o resulta difícil de obtener.

Otras veces el consumidor entra en competencia sin necesidad realmente perentoria que lo impulse en tal forma contra sí mismo. Se ha visto a interesados en arrendar un inmueble de categoría ofrecer espontáneamente un alquiler mayor del que estaba fijado, en su deseo de asegurar la transacción. Se sabe de los muchos clientes que llegan a la tienda o a la carnicería con ánimo de mejor postor. En fin, hay todavía constancia de que las propias clientas de un modesto establecimiento se dedicaban a ejercer vigilancia en favor del comerciante, para evitar que éste fuera sorprendido por inspectores en momentos de aplicar sus precios fuera de tarifa.

De tales maneras los consumidores se han prestado al juego de la especulación, dando origen a un peligroso ciclo dentro del cual no hay controles ni normas posibles. No es desde luego un estado colectivo unánime, sino entrecortado por las protestas, críticas y violencias propias del instinto de reivindicación. Pero de cualquier modo la universalidad de los mercados negros; la facilidad con que una maniobra comenzada en un país halla en otro su inmediata corresponsalía y sobre todo, la continuada adaptación que se observa entre la doble grey de los explotadores y los explotados, hacen necesario que estos temas sean muy atentamente considerados por la Psicología Social contemporánea.